

¿QUIÉN ES REALMENTE JESÚS? (1)

Vamos a enumerar algunas grandes afirmaciones sobre aquello que Jesús tenía conciencia con respecto a su propia persona y su misión.

La vida de Jesús testifica la conciencia de su relación filial con el Padre. Su comportamiento y sus palabras que son las del “servidor” perfecto, implican una autoridad que supera la de los antiguos profetas y que corresponde sólo a Dios. Jesús tomaba esta autoridad incomparable de su relación singular con Dios, a quien él llama “mi Padre”. Tenía conciencia de ser el Hijo único de Dios y, en este sentido, de ser, él mismo, Dios.



La designación de Dios como Padre, por parte de los cristianos, se remonta a Jesús mismo. Pero Jesús no sólo ha llamado a Dios Padre, o mi Padre en general, sino que dirigiéndose a Él en la oración, lo invoca con la designación de Abbá. Hay allí algo nuevo. La manera de orar de Jesús y la manera de orar que enseña a sus discípulos sugieren la distinción entre mi Padre y vuestro Padre, y el carácter único e intransferible de la relación que une a Jesús con Dios.

La invocación de Dios como Padre implica consecuentemente la conciencia que Jesús tenía de su autoridad divina y de su misión. Consciente de ser aquel que conoce a Dios perfectamente, Jesús sabe, por tanto, que es, al mismo tiempo, el mensajero de la revelación definitiva de Dios a los hombres. Es y tiene conciencia de ser el Hijo. A causa de esta conciencia, Jesús habla y actúa con una autoridad que corresponde propiamente sólo a Dios.

Habla como legislador soberano que se coloca por encima de los profetas y reyes. El Evangelio de San Juan dice más explícitamente de dónde tiene Jesús esta autoridad inaudita: es porque “el Padre está en mí y yo estoy en el Padre” “Yo y el Padre somos una sola cosa”.

Jesús conocía el fin de su misión: anunciar el Reino de Dios y hacerlo presente en su persona, sus actos y sus palabras, para que el mundo sea reconciliado con Dios y renovado. Ha aceptado libremente la voluntad del

Padre: dar la vida para la salvación de todos los hombres; se sabía enviado por el Padre para servir “y para dar su vida en rescate por la muchedumbre”.

Toda la predicación de los apóstoles reposa sobre la persuasión de que Jesús sabía que Él era el Hijo, el Enviado del Padre. En gestos y en palabras, Jesús ha manifestado el fin de su *venida*: llamar a los pecadores, “*buscar y salvar lo que está perdido*”, Jesús se sabe “*venido*” no para ser servido, sino para servir

La misión recibida del Padre, no se le impone, le es propia hasta el punto de coincidir con todo su ser, ella es toda su vida, su alimento, porque la voluntad de Aquel que lo ha enviado, es toda su voluntad, sus palabras son las palabras de su Padre, sus obras las obras del Padre, de manera que puede decir de sí mismo: “*Quien me ha visto, ha visto al Padre*”. La conciencia que Jesús tiene de su misión implica, por tanto, la conciencia de su *preexistencia*. La conciencia humana de su misión traduce, por así decirlo, la relación eterna con el Padre.

Para poder realizar la obediencia perfecta; Jesús renuncia libremente a todo lo que podría entorpecer esta actitud. No quiere, por ejemplo, servirse de las legiones de ángeles que podría tener, quiere crecer, como un hombre, “*en sabiduría, en edad y en gracia*”, aprender la obediencia, afrontar las tentaciones, sufrir. Esto no es incompatible con las afirmaciones de que Jesús “*sabe todo*”, que “*el Padre le ha mostrado todo lo que hace*”. Jesús recibe de su Padre todo lo que le permite cumplir su obra de redención universal.

El Evangelio de San Juan dice claramente la conciencia que Jesús tenía de su misión incomparable: él se sabía venido del Padre, salido de él. Esto va mucho más lejos que la conciencia de una misión profética, recibida en un determinado momento. Esta misión se enraiza mucho más en una salida originaria de Dios (“Porque he salido de Dios”), lo que presupone, que él había estado desde el principio con Dios.

El Hijo sabe que en el cumplimiento del querer del Padre, el Espíritu lo guía y lo mantiene hasta la cruz. Allí acabada su misión terrestre, “*entrega su aliento*”. A partir de su resurrección y de su ascensión, llega a ser como hombre glorificado lo que ha sido como Dios desde toda la eternidad.

Texto tomado de la Congregación para la Doctrina de la Fe, El misterio del Hijo de Dios. La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión. Card. Joseph Ratzinger.